



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

TIRTEO

Un infinito campo de batalla a la luz de la luna. Un manantial rimando tornasoles de rubí, asemeja una ancha y bullente herida abierta en el seno de la Tierra. Un guerrero tiene sobre el pecho un venablo, cuya punta está enclavada en el músculo que se desfloca en fibras. Un escudo roto, muestra un emblema trunco. Una espada tronchada, mira con su punta al cielo. En el confín un águila abre su pendón de plumas. Tirteo, de pie, con la lira de granito entre las manos, canta el himno de los vencidos y la marcha de los vencedores.

Y Tirteo, dice:

No se ha perdido Diana en su palacio azul de Occidente, cuando los campos se cubrieron con la gala de la sangre. No han contemplado las estrellas un sacrificio mayor que éste, ni los ojos del Tiempo han visto un mayor choque que el pasado; ni ha resonado hasta ahora un fragor más intenso, que el causado en la batalla por el chocar de los escudos y el caer de las

espadas.

Los venablos cruzaban el aire con silbidos de serpientes acosadas; las flechas pasaban agitando sus alas de mil colores, como agudas mariposas que iban a posarse en la flor del corazón, y el vocerío era tan grande que los luceros amedrentados fueron a ocultarse en la selva azul de lo infinito.

Tres días antes en el templo de Marte, el hígado de los corderos holocaustos se presentaba negro como el ala de los cuervos, y un infausto presagio vibraba en el ambiente. Los heroicos escudos resonaban temblorosos sobre el mármol de los muros, y en el templo de Olimpia, la Victoria había dejado caer la corona, y su espada había descrito un círculo en el espacio.

En la noche, sangrientas exhalaciones cruzaban la sombra, y una de ellas dejó un arco trazado de Oriente a Ocaso, que sólo se extinguió cuando el alba asomó su cabellera de pálidas vislumbres sobre la cresta de una nube.

Cuando las falanges se entremezclaron en el campo, la fiereza de las iras fulguraba en la pupila, y los labios se entreabrían en los apóstrofes terribles de los supremos rencores. Los cuerpos se juntaban a los cuerpos; los rostros a los rostros; los miembros a los miembros, y sobre la carne limpia y blanca, surgía veloz como el relámpago una punta de hierro que al desaparecer dejaba un reguero humeante que cubría los pechos en una tibia y voluptuosa caricia.

¡Todo estaba anunciado por los Dioses!

Los caballos asustados, jadeantes, aplastaban cráneos bajo sus cascos, y unos huían con un dardo clavado en el anca como el asta sin pendón de un lábaro vencido, en tanto que otros miraban con ojos casi humanos a sus dueños; y cuando sus ojos se cerraban, inclinaban lentamente la cabeza para dormir bajo la espesa bóveda de sus crines.

Un joven arquero poseído de la ira de la derrota, se hirió en el cuello y se tumbó sobre el cuerpo de su hermano; y la esposa de un guerrero que lo había seguido al combate, cayó sobre sus despojos como una rosa que agoniza.

¡Fue un gran combate, un hermoso combate en el que corrió la sangre como los mil torrentes de una montaña! Antes de que las huestes se juntaran, se oía el latir de los corazones conmovidos en medio de un inmenso silencio; y cuando todo ha concluido, parecen que hablaran los caídos con sus labios marchitos, que miraran con sus ojos opacos, que insultaran con sus gestos donde ha quedado enclavada la última expresión de la rabia y del sufrimiento!

Y allá a lo lejos arde la hoguera de los hijos del triunfo. Los vencedores reciben la corona de manos de sus mujeres, y sus hijos besan sus llagas unguadas por la gloria.

Bello es tener una patria y caer por ella; pero cien veces grande, es tener una patria y triunfar por ella!

Cuando el guerrero cae pronunciando la última oración a sus Dioses lares, mira arder en lontananza el fuego casto y eterno entre las risas de sus hijos; ve a su esposa hilando el lino purísimo a la luz del hogar, y más allá, entre un vuelo de alondras, a su viña con sus mil ubres llenas de la savia divina que da luz al corazón y tornasoles al alma.

Cuando el guerrero triunfa, el deseo de nuevos combates hace vibrar su carne como una hoja de acero; los laureles perfuman las sienas, y la miel endulza el labio amargado por el esfuerzo supremo.
¡Oh, la gloria inmarcesible de las patrias! ¡Oh, el roble soberano de los triunfos!...

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

